

concluído, trepé al algarrobo y siéndome imposible introducir la mano por la entrada, e imposible también separar algunos palitos del costado sin lastimarme en las espinas, usé del cuchillo para separar un trozo del nido, el cual aun no contenía huevos.

Transcurridos unos 15 días, pasaba por aquel lugar y me aproximé en la curiosidad de ver si lo habían abandonado; pero por el contrario lo hallé perfectamente compuesto y reforzado; hice la misma operación anterior, otra vez con resultado negativo.

Dejé pasar unos 20 días, al cabo de los cuales fuí y hallé el nido nuevamente compuesto y más reforzado aún; por tercera vez separé un trozo del mismo, y en esta ocasión, con mejor suerte obtuve tres huevos de color blanco, cuya medida es la siguiente: 21-22  $\times$  27-29 mm.

Creo que estas aves deben poner cuatro o cinco huevos por postura; pero no pude verificarlo, ni tomar nota del desarrollo de los pichones, etc., porque cuando emprendí el regreso casi todos los nidos que hallaba estaban recién terminados y la mayoría de ~~los~~ ~~hombres~~ no habían puesto todavía.

DEMETRIO RODRÍGUEZ.

#### HABITAT DE LA «AVUTARDA»

*CHLOËPHAGA MELANOPTERA* EYTON <sup>(1)</sup>

La Laguna Verde, se encuentra en el *Cerro de las Ánimas*, de lúgubre apellido.

Sus virginales aguas no son cristalinas, y el mortal audaz cuya mirada interroga su misteriosa profundidad, no verá ni el tembloroso reflejo de su semblante ni el multicolor sembradío de guijarros. Una tupida vegetación la llena por completo: el *Potamogeton filiformis* PERS., cuyas hojas y espigas parecen de gramínea; la *Ruppia maritima* L. var. *spiralis* L. con sus innumerables resortes terminados por diminutas flores; una especie

<sup>(1)</sup> Este artículo fué publicado en la *Revista de Tucumán*, núm. 8 a 11 (Diciembre 1917-Marzo 1918), bajo el título de «Contribución al conocimiento de la geografía tucumana. La Laguna Verde».

de *Chara* con anteridios que son rosaritos de coral arrollados en su verticilos; el *Myriophyllum elatinoïdes* GAUD., planta predilecta de los patios de Tucumán, donde ostenta el título de «helecho del agua», asombrada de codearse con el «espárrago plumoso», otro pseudo-helecho.

Perdida a la altitud de 4500 metros, entre una multitud de picachos análogos que constituyen un peligroso dédalo, la enorme esmeralda (tiene unos  $\frac{3}{4}$  de cuadra en superficie) está engastada en peñascos de granito de formas extrañas, modelados por la secular mordedura de las precipitaciones atmosféricas que aquí son de una violencia excepcional.

Las paredes de la cubeta tienen dibujada una serie de relieves sinuosos paralelos a la orilla que indican que el nivel de las aguas sube y baja según el régimen de las lluvias, pues aquí no entran los presurosos y sonoros arroyos que alimentan otras lagunas; la excelsa reina del Cerro de las Ánimas domina todas las cumbres vecinas y el cielo sólo es su tributario.

La alternancia del nivel de este inmenso pluviómetro no permite que la Laguna Verde tenga como otras un marco de césped impenetrable formado por pequeñísimas gramíneas, juncáceas, ciperáceas apretadas, con largos rizomas fuertemente entrelazados, y sobre este fondo verde algunas flores blancas, azules, amarillas, de compositáceas, gencianáceas, ranunculáceas y pocas más.

La inmovilidad del agua contribuye a conservar su temperatura en la proximidad del punto de congelación y la mano ávida, atraída por las preciosas nayadáceas que allí habitan, recibe la penosa impresión del contacto del hielo.

Llegamos a las orillas de esta suerte de cráter en una inmaculada mañana de Enero. El sol naciente lanzaba por las regiones superiores de la atmósfera su inundación de oro; pero los peñascos, como legión de gigantes, protegían la cuna y la forma sombría que dormía en el fondo arropada en una tenue luz de aurora.

De repente una trepidación en la superficie del agua: parte de la ribera blanquecina opuesta se desprende y flota. «Son las guayatas», me dice lacónicamente mi guía. Eran, en efecto, una bandada de cuarenta anátidos blancos, adosados a la orilla,

cuya quietud había sido turbada por nuestra brusca aparición y que empezaban a evolucionar en el agua.

El *Chloëphaga melanoptera* EYTON mide 1 m. 50 entre los extremos de las alas extendidas. Las remiges externas son negras; las vecinas, de un blanco sedoso; las remiges siguientes primarias son también blancas, pero sus correspondientes secundarias son de un morado tornasolado; salvo las rectrices extremas que son también de un morado oscuro, todo lo demás es blanco y el blanco es el color dominante.

EMILIO BUDÍN refiere que en otoño las «guayatas» pierden casi por completo las plumas de las alas; serían por lo tanto víctimas indefensas ante los cazadores sin la velocidad con que corren y la puna que pone pies de plomo al enemigo. En invierno bajan a los valles más abrigados.

Nada iguala la elegancia, la aristocrática majestad de su avance sobre la laguna. Ninguna fluctuación en estas soberbias góndolas; dos invisibles remos las gobiernan con el absoluto dominio del elemento que las sostiene; sin el aviso de las rocas estables de la orilla, creeríamos que un tul inmenso del color de las hojas nuevas se corre suavísimamente bajo estas masas níveas inmóviles.

Al acercarnos, observamos atados a la orilla y semiflotantes sus nidos fabricados con las plantas verdes de la laguna; algunas cáscaras en su proximidad.

Mientras tanto la flota de blancos veleros se desliza con noble lentitud hacia un extremo, dejando una estela tan blandamente ondulada, tan apacible, tan tardía en borrarse, que el agua glacial parece volverse cariñosamente de aceite para los de casa. Algunas madres acompañadas de sus polluelos alzan amenazadoras una de sus alas. Unas tras otras, sin prisa, abandonan el puerto y emprenden su vuelo.

Hacia el norte, en el aire resplandeciente donde el azul del firmamento y el oro del sol naciente ya se diluyen, la blanca y lenta teoría fulgura, poco a poco empaña su brillo, se funde en un solo todo plástico que se ensancha, se estira, se alarga en una línea fugitiva y en el infinito se desvanece; mientras que la Laguna Verde gradualmente calma sus palpitaciones y recobra su marmórea inmovilidad.

La imaginación del serrano, impotente ante la grandiosidad

de los fenómenos que presencia, ha poblado las montañas de una multitud de seres preternaturales, en su mayoría terríficos; pero éstas, que muy a pesar suyo se han volado y que irresistiblemente volverán, son sin duda alguna las únicas y por cierto bien inofensivas ánimas del Cerro.

LEÓN CASTILLÓN.

Tucumán, 1-XII-1917.

SOBRE UNA CURIOSA COSTUMBRE DE NIDIFICACIÓN  
DEL «PATO BARCINO CHICO»

*NETTIUM FLAVIROSTRE* (VIEILLOT)

Hace algún tiempo, el señor DEMETRIO RODRÍGUEZ, en Juancho, provincia de Buenos Aires, y recientemente el preparador del Museo Nacional, señor ANTONIO POZZI, en Ajó, misma provincia, han tenido ocasión de observar las extrañas costumbres de nidificación de este pato. Los naturalistas W. H. HUDSÓN<sup>(1)</sup> y E. GIBSON<sup>(2)</sup>, ya habían hecho mención de estas costumbres, pero los señores RODRÍGUEZ y POZZI han ampliado las observaciones de los nombrados naturalistas, aportando nuevos datos que tienen cierto interés.

Son muy conocidas las costumbres que tienen las hembras de algunas especies de aves, de ir a poner los huevos en nidos abandonados de otras, y también de depositarlos en los habitados, y en los cuales ya se encuentran los huevos de los legítimos propietarios del nido, dejando a éstos el cuidado, no sólo de incubarlos, sino también de alimentar los pollos cuando han nacido.

La hembra del «pato barcino chico» suele, generalmente, poner los huevos en el suelo y en un sencillo nido formado por un hoyo natural del terreno, en el cual pone algunas hierbas y plumas; pero en ciertas ocasiones, y parece frecuentemente, acostumbran también depositarlos en los nidos de la cotorra común, *Myiopsitta monachus* (BODDAERT), siendo digno de mencionar el hecho de que elija este nido situado siempre sobre los árboles y a regular altura del suelo, a veces también a una larga distancia del agua, su elemento favorito<sup>(3)</sup>.

(1) *Arg. Ornith.*, II, p. 45.

(2) *The Ibis*, 1880, ps. 5 y 6.

(3) HUNSON dice que el nido de estos patos se encuentra a veces a una distancia de dos millas del agua.